

A las once y cuarto, algunos de los refugiados nos atrevimos, al fin, a subir a la planta baja, es decir, al nivel de la calle. El ruido de los cañonazos, las detonaciones secas, como golpes de tabla, de las ametralladoras, y el incesante tronar de los fusiles Rexer y Mauser, llenaban el aire y hacían temblar los cristales y hasta los muros.

Un amable joven regiomontano, de sangre más fría y ánimo más tranquilo que el de todos nosotros, —Don Atenedoro Cueva, —había permanecido a pocos pasos de la puerta del hotel, y nos dijo, a los primeros que llegábamos del sótano, que ninguna bala había llegado hasta la reja. Entonces, ya sin fuertes preocupaciones, nos atrevimos a asomarnos...

Adosado a los férreos barrotes, listo, sin embargo, para huír al primer momento —como si las balas dieran aviso de su llegada— púseme a contemplar lo que pasaba en la calle.

El cruzamiento de Balderas y la Avenida Juárez era precisamente, una de las zonas más mortíferas en aquellos momentos: a ese lugar convergían todos los fuegos felicistas de la Asociación de Jóvenes Cristianos, y por allí pasaban, atronando el día, los disparos de dos cañones, uno de montaña y otro de mediano calibre, emplazados por los defensores del Gobierno en la calle de Colón.

El grupo de curiosos que al principio de la lucha tratara de ampararse tras el edificio de "cartón" (así lo llama el público) donde está el Casino Escuela de la Policía, lejos de disminuir había aumentado... Cerca de ciento cincuenta personas, la mayor parte del pueblo, permanecían en aquel lugar, ávidas de contemplar los diversos aspectos de la terrible pugna...

Dicho edificio está dentro de un pequeño muro de ladrillos delgados, que tiene como medio metro de altura; sobre esa pared descansa una reja de alambre.

Pues bien, a rastras, o simplemente agazapados, avanzaban los curiosos tratando en protegerse con el muro, hasta asomar la cabeza en la esquina, para mirar alternativamente hacia Colón y hacia Balderas... No tardaron las balas en hacer blanco en aquellos curiosos: el primero que cayó, con el cráneo destrozado, era un muchacho como de unos diez y ocho años... Otros muchos, hasta el número de veinte, pagaron de igual modo su inútil temeridad. Casi todas las heridas, por ser en el cráneo, eran mortales.

... Las baldosas se empaparon por completo en la sangre de las víctimas.

Lo curioso es que en cuanto uno de aquellos pobres diablos quedaba muerto, los espectadores, sólo a dos pasos detrás de él, lo halaban por los pies, hasta ponerlo... —ya bien tarde! — a la sombra del edificio de cartón. Sin embargo, no pasaban cinco minutos sin que otro curioso, como llamado por la muerte, fuera a asomar la cabeza en la esquina y a recibir el certero fuego hecho desde el edificio de los Jóvenes Cristianos.

Algunos automóviles de la Cruz Blanca, que llegaban justamente hasta frente al Hotel Berry, recogían los despojos sangrientos de aquellos curiosos que al precio de la vida pagaban su inútil empeño.

Juego de vida y muerte

Mas no eran sólo los hombres y los jóvenes los que se exponían así a la muerte, ni eran los que más se exponían. Un numeroso grupo de muchachos del bajo pueblo, —de seis, ocho, diez y doce años, —avanzaban resueltamente, medio inclinados, hasta colocarse en el propio centro de la bocacalle de Balderas, con el objeto pueril de recoger fragmentos de granadas y casquillos de mauser abandonados ahí por algunos dragones del ejército leal...

Bajo el fuego de varias ametralladoras e innumerables fusiles, entre la nube de polvo levantada por los proyectiles, los muchachos se disputaban los casquillos. Uno de aquellos, de cara regordeta y ojos vivaces, se peleó en plena zona mortífera, con un compañero que había osado arrebatarse un hermoso fragmento de granada... Después, como buenos amigos que pronto olvidan sus diferencias, y reunidos con otros chiquillos, los rijosos, casi sobre la sangre de los imprudentes, pusiéronse tranquilamente a jugar su riqueza de casquillos.

Frente a este juego de vida y muerte, estaba el otro juego, el trágico, el inexorable... Las balas de los cañones felicistas venían a pegar en el gran edificio Goodyear, sito justamente contra esquina del Hotel Berry. Al chocar contra los muros, o al rozarlos en toda su extensión, paralelamente, levantaban densas nubes de polvo rojo y aventaban a los cuatro rumbos fragmentos de ladrillo, que caían con tremenda fuerza...

Un dragón de las fuerzas del Gobierno, que venía a todo correr por la Avenida Juárez, osó atravesar la bocacalle de Baldeiras, en los momentos en que el fuego era más nutrido, y a pesar de que de las bocas de todos los curiosos salió un grito que pretendía detenerle. Al cruzar, ileso, a todo correr de su cabalgadura, la multitud aplaudió ruidosamente. . . . Poco después, el jinete caía en tierra y el caballo seguía su marcha impulsado por el susto. Pero el hombre no cayó por causa de un proyectil, sino por causa del vino que había ingerido antes. . . .

En tanto, cuatro soldados que no estaban ebrios de alcohol sino de heroísmo, habían estado haciendo fuego contra los felicistas desde la esquina del Casino Escuela de la Policía. Apenas pasaban los disparos de las ametralladoras, sacaban la cabeza, apuntaban, y lanzaban contra el enemigo las balas de sus rifles. A las once, uno de aquellos valientes cayó como herido por el rayo; diez minutos más tarde, el otro rodó por tierra para no levantarse más.

Entonces los dos restantes decidieron, en un acto de temerario valor, atravesar la calle para apostarse en la esquina de enfrente. Y lo hicieron, entre los hurras de la muchedumbre. Ya en su puesto, empezaron a disparar con cierta cautela. Los felicistas, que se dieron cuenta del hecho, enfocaron hacia ellos los fuegos de una ametralladora. Los dragones, inpertérritos, continuaban en la lucha. Parece que entre los dos surgieron celos por si el uno era más valiente que el otro. Entonces aquel de los dos que se sentía más dueño de sí mismo, se despegó de la esquina y avanzó hacia la calle como medio metro, y poniendo la rodilla en tierra, empezó a disparar. Su compañero, queriendo ser más arrojado, avanzó más aún, como dos metros. Y allí estuvieron como por diez minutos, disparando sin cesar. Las balas zumbaban con su agudo zumbido metálico en torno de ellos; pudiera decirse que casi obscurecían el aire. . . . Súbitamente, los dos soldados cayeron acribillados por el fuego de los rebeldes. El uno no se movió; el otro, que derramaba a torrentes su sangre, apenas pudo avanzar dos pasos en un esfuerzo de infinito dolor, mientras de su boca se escapaban tremendas imprecaciones.

Otros aspectos del combate

Entre tanto, en diversos lugares de la ciudad la lucha asu-

mía proporciones no menos terribles. Veamos ahora,—sobre datos recogidos posteriormente,—algo de lo que estaba sucediendo más allá de la zona que abarcaban mis ojos.

El General Felipe Angeles y el Coronel Rubio Navarrete, que habían ocupado con fuerzas considerables la estación Colonia, tenían emplazados allí once cañones: nueve de montaña y dos de mediano calibre. Empero, no empezaron a disparar sino ya en la tarde, como a las dos, que fué cuando el combate asumió un aspecto más imponente.

Otro cañón de montaña había sido puesto por los maderistas en la esquina de las calles Ancha y Victoria,—es decir, a poca distancia de la casa de Amparo Patiño. . . . Dícese que éste hizo el primer disparo, entre todas las piezas de la artillería federal, al iniciarse el combate, contra el edificio de la Asociación de Jóvenes Cristianos.

En el edificio de la 6ª Comisaría, que iba a ser, en breve, teatro de una horrenda lucha, estaban como veinte soldados del Gobierno, con una ametralladora, a las órdenes de un valeroso sargento. Este edificio recibía los fuegos de la Ciudadela, del Cuartel de las Guardias Presidenciales, de la Asociación de Jóvenes y de las alturas de Belén. Véase, pues, si serían o no unos valientes los hombres que allí lograron sostenerse por algún tiempo!

Desde la esquina de las calles de Revillagigedo e Independencia, otro grupo de leales, con una ametralladora, vomitaban centenares de proyectiles contra las fuerzas de los felicistas.

En la 4ª calle de Nuevo México permanecía una gran parte del 42 Batallón, a las órdenes del capitán Limón. Esta fuerza fué seguramente, de las que tomaron una parte menos activa en la lucha de ese día. La plaza de San Juan estaba ocupada por las compañías 1ª y 3ª del Séptimo Batallón, y la parte del 20 que no había defeccionado.

Al mando del Coronel Juan Castillo, a quien la muerte esperaba de cerca, ocuparon el Hotel Imperial en la esquina que forman las calles de Morelos y Reforma, las compañías 2ª y 4ª del séptimo ya mencionado.

Otro de los lugares desde los cuales se hacía un fuego más nutrido fué la Cárcel General de Belén. En aquel edificio habían apostado los felicistas 80 soldados del 1er Regimiento, con una ametralladora, a las órdenes de un capitán. Sus disparos iban

dirigidos principalmente hacia las calles de Independencia y Revillagigedo.

Mientras de estos y otros puestos llovían balas de fusiles y ametralladoras sobre la ciudad, 14 cañones emplazados por el Gobierno en la Indianilla, con objeto de hacer fuego sobre la Ciudadela, habían permanecido mudos... Fué sólo a las tres y media de la tarde cuando comenzaron a hacer un nutrido fuego, lo cual hizo que todo México temblara bajo la vibración que las potentes balas imprimían a la atmósfera.

En cuanto a los dos cañones emplazados en las calles de Colón y Balderas, no habían cesado de disparar durante todo el día sino por breves momentos.

Certeros disparos de los felicistas habían desmontado dos de las piezas emplazadas en la Estación de Colonia.

De la Asociación de Jóvenes a la 6ª Comisaría y a las calles Ancha y Victoria, el tiroteo era incesante y nutrido, lo mismo que de estos lugares hacia el importante edificio. Las ametralladoras, con su sonido sordo, seco y brutal, no dejaban de oírse ni un instante.

Entre las fuerzas del 7 y del 23 que defendían al Gobierno en los alrededores del mercado de San Juan, y los felicistas que las combatían desde el Cuartel de las Guardias Presidenciales, la refriega fué verdaderamente ruda y tenaz. Cuando cayó la noche, los rebeldes habían hecho a sus enemigos de aquel puesto, cuarenta y tres bajas, y habían herido o muerto a infinidad de hombres que presenciaban el combate como simples curiosos.

En las últimas horas de la tarde, el Gobierno intentó un avance hacia las posiciones enemigas, de las fuerzas que estaban en las calles de Revillagigedo e Independencia; pero los soldados leales tuvieron que retroceder, después de una angustiosa pugna, bajo los fuegos de Belém, no sin dejar antes catorce muertos pertenecientes al 16 batallón.

Una tentativa semejante tuvo igual éxito en la calle de Balderas: rurales a caballo, que llegaron a aquel lugar por la Avenida Juárez, recibieron las mortíferas descargas de la Asociación de Jóvenes, desde la cual funcionaban maravillosamente las ametralladoras felicistas. En unos cuantos minutos esa fuerza rural tuvo 16 muertos. Los demás de sus miembros tuvieron que retirarse saboreando el amargor del fracaso.

Al caer de la noche, los felicistas habían rechazado, pues, al

Gobierno por varios puntos y le habían desmontado algunas piezas de su Artillería, sin que, en compensación, los leales al señor Madero hubiesen podido avanzar ni una pulgada de sus primitivas posiciones. Los rebeldes sólo habían tenido dos sargentos, un cabo y cuatro soldados de artillería muertos en las diversas posiciones, sin incluir el edificio de la Asociación, donde sus bajas habían sido siete: tres aspirantes y cuatro particulares voluntarios.

Grande debió haber sido la contrariedad del presidente, cuando sobre su optimismo, hoy proverbial, cayó, como una ducha fría, esta noticia, que era la expresión de la verdad: No hemos ganado un palmo de terreno, y hemos perdido mucha gente....

Que es lo que, seguramente, hubieron de decirle los jefes de sus fuerzas al cesar los fuegos, poco después de las seis y media..

La Ciudad desierta.

Una ansiedad extraordinaria, una congoja que se traducía en fatiga del cuerpo, me empujaron hacia la calle poco después de que hubo cesado completamente el fuego de los combatientes. El administrador del Hotel no quería dejarme salir; empero, vió en mi rostro tal resolución que acabó por plegarse a mis deseos.

Y salí.

La ciudad presentaba un aspecto lúgubre. Ni un gendarme, ni un transeunte, ni un vendedor, En las zonas próximas al lugar del combate, la obscuridad era completa; en muchos lugares lejanos, los focos habían sido rotos por las granadas y los proyectiles de fusil. Todas las puertas cerradas con mímias precauciones. En una palabra, las calles en sombra y en silencio daban la impresión de una ciudad baldía, de una poderosa urbe abandonada en loca precipitación.

Después de vagar breves momentos por la Alameda, donde ya se advertían, en los árboles destrozados, las señales de la contienda, me dirigí hacia la calle Ancha. Al entrar, no lejos de la Avenida, mis pies tropezaron con unos cadáveres, yacentes en una gran charca de sangre. Uno de ellos había caído de cara al suelo y parecía abrazar el fusil en un acto de suprema desesperación. No lejos de allí un pobre caballo, herido y derrumbado, movía dolorosamente la cabeza de vez en vez... Sus ayes tenían algo de queja humana en el trágico misterio de aquella hora.

No había avanzado diez pasos por la calle Ancha, cuando un soldado me gritó el alto, y me tendió el fusil en actitud de hacer fuego. Oí claramente el sonido metálico que anunciaba el funcionamiento inmediato del arma homicida, y se me heló la sangre. Empero, tuve fuerzas bastantes para gritar:

—Un extranjero neutral. No tire Ud., que no tiene caso.

El hombre bajó el fusil y me mandó avanzar. Y avancé hasta la esquina próxima, donde estaba un oficial muy joven y de muy corteses modales. En vano le dije que mi casa estaba á pocos pasos de ahí; que yo no sabía de mi familia, por haberme sorprendido el combate en el Hotel Berry, y que deseaba tener noticias de los míos: el oficial me negó rotundamente el paso más adelante. Como yo viera que acababa por impacientarse, creí prudente no insistir, y desanduve el camino.

Todavía intenté pasar por otras calles, pero mis tentativas fueron inútiles. Recibido con más o menos aspereza, creí al fin que no hacía otra cosa que exponerme a un percance de esos que no tienen remedio, y determiné retornar a mi Hotel.

Antes de que llegara, el ruido de la fusilería volvió a llamar mi atención. El fuego se fué avivando y por algún tiempo llegó a ser casi tan intenso como en el día. Lo mismo pasó a la una de la mañana y a las cuatro. Este fenómeno, que había de repetirse durante las noches de la pelea, era debido al empeño de las fuerzas del Gobierno, de tomar posiciones a favor de la obscuridad. ¡Esfuerzos inútiles!

Miércoles 12

Mi postrer pensamiento, al dormirme ya casi al amanecer, había sido consagrado a Amparo, cuya suerte era mi torturante preocupación; y la primera idea que cruzó por mi mente al despertar, a las ocho de la mañana del miércoles, fué también sugerida por mi amor a la dulce niña de los ojos garzos. ¿Dónde estaría a esas horas?

Un trueno profundo hacía ténblar los muros. El cañoneo empezaba formidable. Las ametralladoras y los fusiles parecían competir multiplicando sus disparos. El combate asumía así las proporciones de un duelo de colosos en que se jugara irremisiblemente la suerte de cada uno de los contendores.

Las fuerzas del Gobierno, que ese día conservaban aún los bríos conque en traron a la pugna, se esforzaban por avanzar hacia la zona dominada por los felicistas. Cada intentona era recibida por un fuego nutrido desde las alturas coronadas por rebeldes, y el combate se hacía más intenso en una o en otra calle, o bien se generalizaba terriblemente.

Sin embargo, fué este, durante toda la batalla, el día en que los defensores de la legalidad lograron, relativamente, ventajas más halagüeñas.

Las fuerzas que estaban en la Indianilla lograron adelantar como unos cien metros por la calle del Hospital con toda su artillería, la que, como se deja dicho, constaba de catorce cañones.

La tropa que estaba en los Arcos de Belén avanzó hasta colocarse frente á la cárcel.

La ametralladora que se había emplazado en la esquina de las calles Independencia y Revillagigedo avanzó hasta la de Nuevo México, donde a poco se emplazó también otra.

Estas ventajas, empero, habían de costar caras a los gobiernistas. Veamos, en efecto, qué ganancias habían hecho los rebeldes al caer la noche.

De los dos cañones que estaban en la esquina de la calle de Colón a las órdenes del General Maas, uno fué desmontado por los fuegos de la Ciudadela como a las diez y media de la mañana. Murieron en aquel acto un oficial y un soldado de artillería.

Un aspecto tremendo de la lucha fueron las embestidas de unos y otros cuando se disputaban el edificio de la 6ª Comisaría. Al amanecer se hallaba dominado por los felicistas. En torno de él, fué tremenda la pugna, pues tanto los rebeldes como los soldados del gobierno parecían concentrar en la posesión de aquella casa todos sus empeños. Por último, a eso del medio día, las fuerzas del General Delgado, que operaban por el Oriente de la Ciudadela, lograron adueñarse del lugar tan reciamente disputado. Aprovechando tal ventaja, el Gobierno hizo avanzar tropas por las calles de Revillagigedo hasta llegar al jardín Carlos Pacheco. Y bien caro costó a los legitimistas ese acto de audacia, pues a poco tuvieron que retirarse bajo un certero fuego de los rebeldes, no sin dejar muchos de los compañeros tendidos en aquellas fatídicas calles para no levantarse más...

Otro incidente muy notable, y que al saberse en la ciudad produjo grande alarma, fué la evasión de los presos de la Cárcel

General de Belén. Todo México sabía que en aquel establecimiento se hallaban reclusos cerca de cinco mil delincuentes, muchos de ellos de entrañas de hiena bien acreditadas en crímenes espeluznantes; y por tanto, el temor de los habitantes fué indescriptible.

La causa de la evasión fueron las brechas abiertas en los muros del edificio por la artillería de los felicistas al ser atacados éstos por el Sur. Muchos de los presos se incorporaron a la revolución; otros prefirieron pasar a las filas del gobierno; y no pocos murieron al recobrar la libertad, bajo los fuegos de unos y otros contendores.

Entre tanto, el General Angeles, que tenía a su mando la columna del Oeste, hacía incesantes disparos de artillería sobre la Ciudadela, aunque con éxito poco satisfactorio para él.

Un nuevo combate se efectuó en torno de la 6ª Comisaría, y esta vez la victoria estuvo de parte de los pronunciados, lo cual hizo que el cañón apostado por el Gobierno en las calles Ancha y Victoria retrocediera hasta la de Nuevo México.

A las dos de la tarde de aquel memorable día sufrió el Gobierno de Madero un golpe que influyó grandemente en los sucesos posteriores. El 14 Cuerpo de Rurales intentó avanzar hacia la Ciudadela, desembocando de súbito en la calle de Balderas y marchando rápidamente hasta ganar dos o tres cuerdas en tal dirección; pero fué recibido con un mortífero fuego del edificio de los Jóvenes Cristianos. Todas las ametralladoras funcionaron sobre los infortunados defensores de la legalidad; y en menos de dos minutos, quedaron tendidos en la calle 67 hombres, unos muertos y otros heridos... Los demás, poseídos de pánico ante la certeza del descalabro, retrocedieron y se refugiaron en el callejón de Sombrerete.

El periodista Mariano Duque, que acompañaba al cuerpo destrozado, cayó entre los muertos al querer atravesar la calle.

Otras fuerzas duramente castigadas por las tropas de los felicistas ese mismo día, fueron la segunda y la cuarta compañía del 7º que tuvieron catorce bajas, entre ellas la del Jefe del Cuerpo, Coronel Juan Castillo, a quien reemplazó el Teniente Coronel Francisco Andrade.

Por otros rumbos de la ciudad el combate no había sido menos fuerte.

Cuarenta gendarmes de la Montada, fieles al Gobierno, ha-

bían entrado por las calles de San Antonio al mando del Subteniente Gutiérrez, avanzando hasta muy cerca del Relox de Bucareli; pero al advertirlo los felicistas abocaron sobre ellos las ametralladoras, y los gobiernistas tuvieron que retirarse dejando el cincuenta por ciento de su efectivo de ataque entre muertos y heridos, amén de los caballos, entre los cuales fué más numerosa aún la matanza.

En la Avenida del 16 de Septiembre, esquina de San Juan de Letrán, fué sorprendida una fuerza maderista por dos balas de cañón, que les causaron varias bajas e hirieron gravemente a un oficial.

Providencias del Gobierno

El Gobierno continuaba creyendo que dominaría la situación, y tomaba providencias encaminadas a lograr esto lo más pronto posible.

Al efecto, el Presidente nombró ese día al Coronel Rubio Navarrete, (ya hoy Brigadier) Comandante de la Artillería Federal.

Por otra parte, y como medida salvadora, los Jefes legalistas prohibieron el acceso a sus filas, de los automóviles de la Cruz Roja, por temor de que pudiesen adquirir noticias para llevarlas a las filas rebeldes. Con esta disposición, muchos de los heridos perecieron o sufrieron indecibles tormentos por falta de asistencia médica.

Además de estos procedimientos, cuya eficacia debía ser tan escasa, el Gobierno empleaba el terror para restablecer la situación, cuyo control se le escapaba. Todo individuo sospechoso de ser espía era fusilado, hubiera o no pruebas de su culpabilidad. En los sótanos del Hotel Imperial fué fusilado ese día un felicista a quien se aprehendió vestido de paisano, y después corrieron igual suerte dos capitanes. En otros lugares pagaron con su vida el crimen de creer que el Gobierno del Sr. Madero era inepto, algunos hombres del pueblo, a quienes simples empleados de policía despacharon al otro mundo ejecutiva y resueltamente....

Entre tanto, el Embajador de los Estados Unidos y los Ministros de España, Inglaterra y Alemania, se habían acercado al Presidente de la República (cerca de las 11 a. m.) para pedirle

que estableciera una zona neutral donde pudieran refugiarse los extranjeros. Don Francisco, a pesar de la aspereza de carácter que le sobrevino en aquellos momentos en que vacilaba su poder, convino en lo que se le pedía; si bien es cierto que no tomó providencia alguna para que la neutralidad de marras se hiciera efectiva.

A medida que el tiempo va pasando, la alarma es más grande en toda la ciudad, y de diversos rumbos empiezan a emigrar las familias. La Colonia de Santa María, el barrio de Peralvillo y hasta la cercana villa de Guadalupe se convierten en el refugio de las gentes temerosas, que han salido precipitadamente de sus casas.

Tales fueron los acontecimientos culminantes del día miércoles—día que yo hube de pasar en el Hotel, pues ni podía salir ni ello hubiera tenido objeto alguno. Confieso que pocas veces en mi vida he sufrido bajo el peso de una desazón y una amargura más intensas.

Como complemento de estos datos, debo anotar aquí los que luego obtuve de boca de un periodista: las bajas del Gobierno fueron en esta fecha, cerca de doscientas veinte entre muertos y heridos; las de los felicistas, de diez y siete hombres. En cuanto a los no combatientes que perdieron la vida, no fué posible fijar el número, que se estima superior a los anteriores.

Noticias contradictorias

Serían las once de la noche, cuando empezó a oírse de nuevo el tiroteo, suspendido a las seis y media. Las ametralladoras y los mauser detonaban, en el silencio nocturno, de un modo más horrendo y conturbador.

Por la calle de Victoria habían querido avanzar hacia las posiciones felicistas parte del 7 y del 20 batallones y un cuerpo de rurales, pero fueron rechazados por los rebeldes y tuvieron que retroceder. A esto obedecía el nutrido tiroteo que se escuchaba.

A media noche llegó al Berry preguntando por mí, don Marco Emilio Pereda, noble amigo y compañero de negocios. Mi primera impresión, al verlo, fué de que me llevaba noticias de Amparo. Mas no era así. Únicamente pudo decirme que el día anterior, ya en la tarde, había pasado por la calle Ancha en auto-

móvil de la Cruz Roja, y que había visto las puertas de la casa de par en par, sin que se divisase dentro a ninguna persona. ¿Adónde había ido, pues, Amparo?

A eso de la una de la madrugada se había restablecido la calma, y Pereda y yo nos echamos a la calle. La ciudad tenía el mismo aspecto de soledad, de abandono, que la noche anterior: infundía espanto como la avenida de sauces de un cementerio.

Vagando al azar por diversos sitios, mi compañero y yo habíamos llegado a una cantinucha de la calle de San Lorenzo, único establecimiento que estaba abierto en aquellas horas. Allí encontramos ocasionalmente a Pedro Ruiz, antiguo criado de la casa de Amparo. Interrogado por mí, el hombre me dijo que la familia no había salido de la casa; que él había visto a la señorita a la puerta en los momentos en que empezaba el combate, ese día a las seis; que probablemente se disponía a salir y no se lo habían permitido los disparos.

Entre esta noticia y la que me había dado mi amigo, yo encontraba una evidente contradicción. Porque no me explicaba que si la familia estuviera aún en la calle Ancha, tuviese abierta la casa en momentos de tan tremendo peligro.

Mi congoja, pues, y mi desazón iban en aumento. Por fin acabé por convencerme de que necesitaba ir yo en persona, entrar en la casa y ver la realidad con mis propios ojos, para convencerme de lo que hubiera. Pero ¿cómo hacerlo?

El día tremendo

El jueves, que debía ser el día de combate más intenso durante la decena roja, se rompieron los fuegos a las seis y media de la mañana, y fueron haciéndose más nutridos, hasta que cerca de las once adquirieron proporciones aterradoras. El cañoneo era tan fuerte, que en muchos lugares los cristales de las casas se rompían sólo por efecto de la vibración atmosférica. Por todas partes oyes el zumbir de las balas. Los enormes proyectiles que cruzan el aire hacia el Norte, hacia el Sur, hacia el Este, hacia el Oeste, despiden innumerables fragmentos o balines, que van a atravesar las ventanas, a golpear los postes telegráficos, a incrustarse en las paredes, a hacer víctimas entre las personas que se creían más a cubierto. De pronto se ven cruzar las calles

hombres que acuden a reforzar alguna posición, restos de tropas que huyen desbandadas, o bien particulares que se habían atrevido a acercarse a la zona de fuego, sumamente extensa en aquellos momentos. La proporción del cañoneo puede apreciarse con el solo dato de que se disparaban de novecientos a mil cañonazos por minuto. Por momentos parecía que unos y otros de los combatientes estuviesen haciendo los últimos esfuerzos para asegurar la victoria.

La artillería de la Estación Colonia, al mando del Coronel Ruvio Navarrete, había estado bombardeando la Ciudadela, aunque con poco éxito. Por su parte los felicistas contestaban con cuatro cañones de grueso calibre, disparando sin cesar.

En la Indianilla hubo un momento solemne; que fué aquel en que las tropas del gobierno, hostigadas por un vivo, mortífero fuego, tuvieron que retroceder más de cien metros dejando abandonados catorce cañones. Sin embargo, como los felicistas no salieron a aprovechar aquella victoria parcial, más tarde las importantes piezas de artillería fueron recuperadas por los defensores de Madero. Si los rebeldes que operaban con una ametralladora y varios tiradores desde la calle del Hospital hubieran sido más numerosos y avanzan hasta adueñarse de aquellas piezas, el combate habría cambiado en su favor radicalmente desde ese momento.

Por otra parte, la batería colocada en la estación del Nacional al mando del General Angeles causó enormes perjuicios en las colonias Juárez y Cuauhtemoc, donde muchas elegantes residencias quedaron reducidas a escombros. Esto se ha atribuido a falta de moral de los artilleros; y al respecto parece oportuno citar la siguiente anécdota, que pertenece a "Revista de Revistas:

"¡Vamos mall..."—Confirmando las versiones que insistentemente corrieron durante los días en que el bombardeo era más fuerte por parte de ambos contendientes, de que la mayoría de los perjuicios que sufría la zona del paseo de la Reforma y de las colonias del rumbo era ocasionada por los disparos de la Artillería del Gobierno y no por la de la Ciudadela, se ha acercado hasta nosotros una persona de reconocida veracidad, asegurándonos haber presenciado el siguiente caso: emplazada una batería en la glorieta de la Reforma que se encuentra cerca de la estación de Colonia, los oficiales subalternos que la tenían a su cargo comenzaron por disputar entre sí sobre la distancia a que se en-

contraban de la Ciudadela, poniéndose al fin de acuerdo y colocando la mira o "alza" del cañón a determinada altura. Hecho el primer disparo, cuyos resultados consistieron en derribar el torreón de una casa situada frente a ellos a menos de treinta metros, uno de los oficiales se contentó con decir: "¡Vamos mall" y se procedió a rectificar la dirección del cañón que, al ser disparado nuevamente, derribó una parte considerable de la casa contigua a la anterior. Viendo el mal resultado de sus cálculos, se contentaron los oficiales con dar esta lacónica orden a sus hombres: "Tiren, muchachos."—¿Para dónde?—"Para allá..."

No lejos de la puerta de Belén, lugar hasta el cual se atrevieron a avanzar algunos soldados del Gobierno, se trabó un encuentro en que los combatientes se hacían fuego a pocos metros de distancia, y a veces tan cerca que hubieran podido golpearse con sus propios fusiles. Después de esta refriega los gobiernistas tuvieron que retirarse, dejando muchos muertos y heridos en el campo. En conjunto las bajas fueron 19 muertos y 14 heridos. Los rebeldes continuaron dueños de la cárcel.

Una fuerza felicista que había tomado el edificio de la 6ª Comisaría, avanzó por la calle de Revillagigedo y tiroteó de cerca a las fuerzas de un Capitán Limón que estaba en Nuevo México, hasta desalojarlas, haciéndoles 24 muertos y varios heridos.

Ese día fué cuando pudo observarse la táctica del Gobierno, que había dado orden a sus oficiales de que procuraran meter en los zaguanes a los muertos y heridos, mientras se les recogía, con el objeto de que su presencia no desmoralizara a la tropa (!) ni entusiasmará a los enemigos... De tal suerte el público no podía enterarse ni aproximadamente de la matanza. En el silencio de la noche, los heridos y muertos de las tropas maderistas eran recogidos en automóviles y llevados, bien a los hospitales, bien a los hornos crematorios.

Otros aspectos del combate del jueves fueron los siguientes:

Las granadas de unos y otros empezaban a incendiar residencias particulares, tales como una casa de la 2ª de Nuevo México.

El Gobierno había resuelto hostilizar los autos de la Cruz Roja, so pretexto de que llevaban noticias al campo enemigo.

En diversos lugares de la ciudad continuaban muriendo gentes pacíficas a quienes la curiosidad o la mala suerte ponían al

alcance de las balas. En Bucareli especialmente fué muy notable la mortandad el día de que se trata.

Al intentar los felicistas apoderarse de la torre de la iglesia del Campo Florido, las fuerzas del Gobierno los desalojan después de una hora de combate. Parte de las baterías emplazadas en la zona Sur, a las cuatro de la tarde dirigieron un terrible fuego de ráfaga sobre la Ciudadela.

Las posiciones de los combatientes son aparentemente las mismas que en los días anteriores; sin embargo, los felicistas parece que logran extender su radio de acción.

El Ministro de la Guerra hace llegar a conocimiento del Brigadier Díaz una comunicación, en la que expone que el fuego de artillería está causando graves males en vidas e intereses de no combatientes; que están en peligro los residentes extranjeros y los miembros del Cuerpo Diplomático, y que como esta conducta está en flagrante violación de las leyes de la guerra que se observan por las naciones civilizadas, le previene que si no limitan los fuegos a la zona de los combatientes, al caer de la Ciudadela en poder de las fuerzas de su mando, serán considerados fuera de la ley todos los que la ocupan. El Brigadier Díaz contestó manifestando que no dependía de él el que cesara el fuego, puesto que se le atacaba, y que, en último término, él y los suyos preferían morir en su puesto sin solicitar ni desear clemencias.

El Gobierno recibe el refuerzo de dos millones de cartuchos para rifle y cañón, procedente de Veracruz y traído por una escolta de 100 hombres al mando del Teniente Coronel Gallardo. Los cañones de la Ciudadela son apuntados hacia Palacio y una bomba cae cerca de la puerta Mariana, causando la muerte de varios soldados.

En busca de la verdad.

Tarde ya, muy tarde, en momentos en que había cesado la intensidad del tremendo cañoneo, pero en que aún eran muy nutridos los fuegos de fusiles y ametralladoras, resolví salir en busca de noticias ciertas sobre Amparo, y me dirigí a un puesto de la Cruz Roja. En esos momentos iba a salir un automóvil en busca de heridos. Expuse mi situación a un joven practicante, hombre simpático y comprensivo, que supo medir toda mi inquie-

tud, y fuí invitado a ir en el auto. Se me dió desde luego un distintivo de aquella benemérita institución, que me puse en el brazo. Y partimos.

Recordaré siempre aquel viejo a través de la ciudad donde no se veían más rostros que los que el horror de la lucha hacía palidecer. Por todas partes veíanse huellas sangrientas, o charcas rojas, de donde habían sido recogidas las víctimas. Innumerales caballos ya en estado de descomposición obstruían a veces el paso. Por todas partes muros a medio derruir, cristales rotos, puertas despedazadas, postes caídos, cables de la luz y del tranvía eléctrico destrozados y una profusa red de alambres de los teléfonos hechos pedazos por el incesante tiroteo.

Como me lo había dicho mi amigo Pereda, la casa de Amparo en la calle Ancha estaba abierta de par en par. Algunos soldados habían penetrado hasta el interior. Los espejos de la sala estaban hechos pedazos. Un retrato de Dante, que adornaba aquel recinto, mostraba los efectos de un balazo en la frente. Así, pues, aquella residencia no me daba luz ninguna para calmar mi zozobra.

Inferí, naturalmente, que la familia se había trasladado a lugar más seguro, aprovechando algún momento de tregua, o quizá al amanecer y antes de que se rompieran los fuegos. Pero ¿a dónde?

El practicante fué tan amable conmigo, que accedió a ir aún a otros lugares donde yo pensaba que podría hallar noticias. Cruzamos varias calles donde el peligro era evidente, por estar dominadas por los fuegos de unos y otros. Pero todas las diligencias fueron vanas.

Durante la travesía recogió el automóvil cuatro heridos, uno de ellos tan grave que murió antes de llegar al puesto de socorros.

Ya entrada la noche volví al hotel con la visión sangrienta de aquel campo de combate y con la incertidumbre de la suerte que hubieran podido correr mi prometida y las personas de su familia.

Negociaciones de paz

El viernes, más temprano que en los otros días, se rompieron los fuegos de fusilería. Sin embargo, antes de relatar las peripecias de la lucha violenta, veamos las de otra lucha que no

por ser incruenta es menos importante. Se trata de las negociaciones de paz intentadas entonces, y que una importante publicación metropolitana refiere del modo siguiente:

Después de una junta del Senado en la casa del senador ingeniero don Sebastián Camacho, un redactor de este periódico logra entrevistar al señor licenciado don Francisco León de la Barra, obteniendo de él la siguiente declaración que textualmente publicamos. Dijo el señor De la Barra:

"El lunes en la noche dirigí una carta al señor Presidente Madero, en la cual le manifesté que, inspirado en sentimientos de patriotismo y humanidad, le expresaba mi disposición de servir como intermediario entre el Gobierno y los revolucionarios para encontrar una solución que evitara la efusión de sangre de hermanos en nuestra Patria.

"El señor Presidente a la media noche de ese día (lunes 10) me envió la respuesta, indicando que no estaba dispuesto a tratar con los rebeldes.

"Anoche, continuó el señor de la Barra (es decir, el día 13) tuve en la legación de Inglaterra una conferencia con el señor General Angeles, que había estado a ver al señor Stronge para tratar del cambio de colocación de unos cañones situados frente al edificio que ocupa la representación de Inglaterra. Hablé con el señor General Angeles y en el curso de la conversación se trató de la posibilidad de llegar al acuerdo ansiado por todos.

"El señor General Angeles transmitió al señor Presidente Madero dicha conversación, y hoy en la mañana, a las diez, fué en automóvil el citado militar a mi domicilio actual en la tercera calle de la Rosa para suplicarme, en nombre del señor Presidente, que me sirviera pasar al Palacio Nacional.

"En la entrevista, que fué bastante larga, quedé autorizado para hablar con los señores Generales Díaz y Mondragón, a efecto de que se concertara un armisticio y se nombraran dos comisionados por cada parte que estudiaran la forma de solucionar el conflicto.

"En un automóvil de la Secretaría de Guerra y acompañado de mi hermano el ingeniero Luis de la Barra y del señor capitán Cueto, que llevaba bandera blanca, me trasladé a la Ciudadela.

"Se detuvo el automóvil hasta la calle de Dinamarca, desde donde continué a pie, entrando en la Ciudadela por la puerta Suroeste.

"Poco después de que el señor Cologan, ministro de España, salía de la Ciudadela, conferencé con los señores Generales Díaz y Mondragón, durando la entrevista como una hora.

"En ella expuse las difíciles condiciones actuales del país, tan amargas para quienes aman a su Patria, y la proposición relativa al nombramiento de comisionados. Los señores Generales Díaz y Mondragón, aun cuando tuvieron en cuenta el peligro internacional que les presenté, me ratificaron lo que habían dicho ya al señor ministro Cologan:—Que no podían concertar un armisticio, agregando que las negociaciones sólo podían iniciarse en forma, siempre que les sirviera de base la renuncia previa del señor Presidente Madero, del señor Vicepresidente y del Gabinete.

"Entonces, terminó el señor De la Barra, regresé a Palacio y conferencé con el señor Madero, quien estaba acompañado de algunos secretarios de Estado y al hacerle presente el resultado de mi misión, me manifestó que por ningún motivo se hallaba dispuesto a dimitir."

En la casa del señor ingeniero don Sebastián Camacho se había verificado una reunión, a la que asistieron invitados por el señor Juan C. Hernández, vicepresidente del Senado, los señores senadores Ricardo Guzmán, Jesús Flores Magón, Guillermo Obregón, Víctor Manuel Castillo, Luis C. Cúriel, Carlos Aguirre, licenciado Francisco León de la Barra, Sebastián Camacho, Juan C. Hernández, Emilio Rabasa, Rafael Pimentel y Tomás Macmanus. En esta reunión, a la que asistió el ministro de Relaciones, se discutió la situación, habiéndose acordado citar para el día siguiente a todos los senadores en el Salón Verde de la Cámara de Diputados, con el objeto de discutir la conveniencia de pedir su renuncia al Presidente y Vicepresidente de la República y al Gabinete.

En este día el Presidente Madero envió el siguiente cablegrama a Mr. Taft:

"Palacio Nacional, 14 de febrero de 1913.—Sr. W. H. Taft, Presidente de los Estados Unidos de América.—Washington.

"He sido informado que el Gobierno que Su Excelencia dignamente preside, ha dispuesto salgan rumbo a las costas de México buques de guerra con tropas de desembarque para venir a esta capital a dar garantías a los americanos. Indudablemente los informes que usted tiene y que le han movido a tomar tal determinación, son inexactos y exagerados, pues las vidas de los

americanos en esta capital no corren ningún peligro si abandonan la zona de fuego y se concentran en determinados puntos de la ciudad o en los suburbios, en donde la tranquilidad es absoluta y en donde el Gobierno puede darles toda clase de garantías. Si Ud. dispone que así lo hagan los residentes americanos en esta capital, según la práctica establecida en un mensaje anterior de Ud. se evitaría todo daño a las vidas de los residentes americanos y extranjeros. En cuanto a los daños materiales de las propiedades, el Gobierno no vacila en aceptar todas las responsabilidades que le corresponden según Derecho Internacional. Ruego pues, a Su Excelencia ordene a sus buques no vayan a desembarcar tropas, pues esto causará UNA CONFLAGACION DE CONSECUENCIAS inconcebiblemente más vastas de las que se trata de remediar. Aseguro a Su Excelencia que el Gobierno está tomando todas las medidas a fin de que los rebeldes de la Ciudadela hagan el menor daño posible, y tengo esperanzas de que pronto quede todo arreglado. Es cierto que mi Patria pasa en estos momentos por una prueba terrible y el desembarque de fuerzas americanas no hará sino empeorar la situación, y por error lamentable, los Estados Unidos harían un mal terrible a una nación que siempre ha sido leal y amiga y contribuirían a dificultar en México el establecimiento de un gobierno democrático semejante al de la gran nación americana. Hago un llamamiento a los sentimientos de equidad y justicia que han sido la norma de su Gobierno, que indudablemente representa el sentimiento del gran pueblo americano, cuyos destinos ha regido con tanto acierto.

FRANCISCO I. MADERO.

El cónsul americano en Mazatlán, por telegrafía inalámbrica de los buques de guerra americanos, recibe el siguiente conograma:

"Sesión del Senado americano duró toda la noche. Terminó a las dos de la mañana, acordándose la no intervención de los Estados Unidos en los asuntos de México."

Continúa la matanza

Mientras a estos resultados se llegaba en la lucha de la diplomacia, la de las armas seguía su curso, manchado en todas partes por trágicos regueros de sangre.

En torno de la 6ª Comisaría, que a la postre iba a ser inútil para gobiernistas y rebeldes, pues quedó casi destruída por la metralla, se libraron tremendos combates, y de una y otra parte hubo escenas de incomparable valor y grandes pérdidas personales.

Por la tarde los defensores de la Legalidad sin aptitud, llegaron hasta la esquina de Victoria y Balderas, de modo que el combate se efectuó en aquel lugar casi a boca de jarro.

En la esquina de las calles de Bucareli y Nuevo México, una ametralladora prendió fuego a una elegante residencia particular que quedó por completo reducida a escombros.

El Gobierno perdió un cañón de los que estaban emplazados en la Indianilla; los de la estación Colonia casi no hicieron fuego, y el caso no dejó de despertar la curiosidad pública. ¿Qué había ocurrido?

Posteriormente ha llegado a saberse. El Coronel Rubio Navarrete hoy Brigadier, —manifestó que no teniendo elementos bastantes para bombardear la Ciudadela en la forma en que ello pudiera ser eficaz, consideraba inútil contiuar cañoneando los edificios que la circundan, pues esto, sin dar el triunfo al Gobierno, ocasionaría la destrucción de numerosas propiedades particulares.

Tal opinión fué apoyada por algunos oficiales técnicos, y prevaleció al fin.

Por el rumbo de la Colonia Juárez, los legalistas avanzaron hacia la calle del Dr. Ríos de la Loza, con un cañón.

Los rebeldes perdieron otro cañón en la esquina de San Antonio y Balderas, y lo sustituyeron en seguida con un mortero.

Al anoecer, el pueblo, en el cual comenzaba a generalizarse un vivo sentimiento de repulsión y odio hacia el Presidente Madero por no querer presentar su renuncia, ya que no gobernaba, pues de hecho no ejercía jurisdicción sino en su palacio, —se llegó a la casa del primer Magistrado y le puso fuego. Los bomberos acudieron, mas la multitud no los dejó entrar, y el edificio fué presa de la lumbre.

Otro acto muy importante de este día fué la refriega entablada casi a las puertas de la Asociación de Jóvenes Cristianos, hasta donde habían logrado llegar algunas fuerzas del Gobierno. Los rebeldes lograron la victoria, pues sus contrarios tuvieron al fin que retirarse dejando en el campo veinticinco muertos. Los felicistas no tuvieron sino ocho.

El tiroteo se prolongó hasta muy tarde de la noche. Las bajas de unos y otros en todo el día llegaron a más de doscientos veinte hombres, de los cuales los sublevados no tuvieron que lamentar sino cincuenta.

Los sucesos del sábado

El sábado no fué uno de los días de combate más intenso; muy al contrario, ya las fuerzas leales a Madero se habían convencido de que, dado su número, les sería imposible tomar la Ciudadela, y empezaban a perder el entusiasmo conque pelearan en los primeros momentos.

En cambio, los rebeldes cobraban bríos. La serenidad del General Díaz, la pericia del General Mondragón, la inteligencia de muchos elementos que con ellos estaban (entre otros, el Licenciado Fidencio Hernández, que tan importantes servicios prestó a la causa) encendían en los luchadores el deseo de realizar grandes hazañas y robustecían su seguridad en el triunfo final.

Las peripecias de la lucha, por lo demás, fueron análogas a las de los días anteriores. Sin embargo, un hecho de mucha importancia se realizó en la tarde, y es necesario mencionarlo, puesto que él tuvo influencia casi decisiva en la caída del régimen maderista.

Las fuerzas del General Aureliano Blanquet, el bizarro jefe a quien con tanta ansiedad había esperado el Gobierno, se hallaban en la Tlaxpana, es decir, a pocos pasos de México, y esa tarde hicieron la entrada en la capital. Eran próximamente mil hombres, con algunas piezas de artillería. Es probable que el Ministro de la Guerra se hiciera la ilusión de que con aquellos hombres, que con los que ya estaban luchando sumaban seis mil a todo tirar, era posible el asalto a la Ciudadela,—asalto que, según los peritos, no habría podido hacerse con menos de veinte mil hombres!

Los representantes del pueblo habían continuado, por su parte, las labores encaminadas a solucionar el tremendo conflicto que envolvía a la capital y, por tanto, a toda la República.

Hasta las once de la mañana,—dice un periódico,—estuvieron reunidos 25 Senadores, que nombraron una comisión encabezada por los señores D. Gumercindo Enríquez y D. Guillermo

Obregón, para que se acercaran al Presidente de la República a exponerle que, en vista de la situación angustiosa de la capital y del amago de la intervención americana, él, el señor Vicepresidente Pino Suárez y todo el Gabinete, debían presentar su renuncia.

Los veinticinco Senadores se dirigieron a Palacio, en donde fueron recibidos por el Ministro de Hacienda, Don Ernesto Madero, hermano del Presidente.

Este señor les manifestó que Don Francisco no podía recibirlos porque había salido acompañado del General Huerta, a la línea de fuego; que el Sr. Madero no estaba dispuesto a renunciar, y que lo de la intervención eran petrañas.

En vista de esta contestación, los senadores acordaron firmar un acta, manifestando a la Nación los esfuerzos que habían hecho para remediar la situación, y el resultado de sus gestiones.

Cuando cayó la noche, pudo verse en las calles de la ciudad un espectáculo que les daba un carácter fantástico: las mil fogatas de los montones de basura que los vecinos habían encendido; pues como durante el combate no había habido ni gendarmes ni servicio de aseo, lo mismo las grandes y suntuosas arterias del centro que las modestas de los barrios se hallaban en una lamentable situación.

Un armisticio

Cuando el público de la capital vió que llegaban las seis, las siete y las ocho del domingo 16 y que no se rompían los fuegos, numerosas personas se echaron a la calle en demanda de noticias. Y se supo, inmediatamente, que entre las fuerzas del maderismo y las de la revolución se había concertado una tregua que debía durar hasta las dos de la mañana del día siguiente. Nueva tan halagadora circuló con extraordinaria rapidez por toda la metrópoli, y a las nueve un gentío inmenso acudía, desde los barrios más lejanos del centro, a los lugares que habían sido teatro de la refriega.

No puede idearse nada más pintoresco, en medio de tantos escombros y vestigios dejados por la muerte, que la multitud ávida de verlo todo con sus propios ojos, de saberlo todo, de calcular las resistencias que aún habían de encontrar los luchadores y de predecir el triunfo definitivo,